MOMENTO CATÁRTICO

**Código de familia**

**Nylsa Martínez**

Todos hablaban al mismo tiempo. Era la primera vez que convivía con la familia de mi esposo. Pasaríamos un fin de semana con ellos en su casa de campo. Hasta el momento sólo había conocido a su madre y padrastro, un par de señores simpatiquísimos. Por eso me había hecho a la idea de que probablemente el resto de la familia sería igual de gentil. No tuve miedo de cruzar el océano y pasarnos un par de semanas con ellos. Quién hubiera imaginado lo contrario. Hablaban en un francés salpicado por frases de un inglés ininteligible. Apenas y me saludaron, nadie me hizo mayor pregunta. Todos se concentraron en sus asuntos, básicamente se desentendieron de nosotros (mi esposo es el único sobrino que no vive en Francia y a mí, nunca me habían visto en sus vidas). Yo me esmeraba en comprender la conversación, pero era consciente de que había detalles que se me escapaban. La comida era terrible, me cuestioné si había vivido engañada durante estos meses de matrimonio, porque si aquello era comida francesa, seguramente la habían sacado de las fauces de una ballena muy malhumorada. Luchaba con mi plato mientras me concentraba en seguir la conversación. El griterío en la mesa superaba la teatralidad con que Hollywood ha vendido escenas de italianos comiendo juntos; sólo que nosotros no teníamos un delicioso plato con albóndigas, no pertenecíamos a la mafia, carecíamos de banda sonora que anunciara lo que estaba por venir y ultimadamente, no éramos italianos. ¡Pum! Lo siguiente fue la tía de mi esposo gritándole a mi suegra algo que no entendí, y luego ésta respondiéndole así: “C'est un problème de sémantique”. Todos callaron y por segundos, que a mí me parecieron una eternidad, las dos mujeres sostuvieron entre ellas sus miradas furiosas. La tía de los rizos negros cogió su plato y se levantó de la mesa. El resto calló y como siguiendo un código que yo desconocía, apuraron la comida, empujaron sus bebidas y se dispersaron. Al menos tres se salieron a fumar con urgencia al patio. Mi esposo se fue tras su madre que había estallado en llanto inconsolable. Yo me quedé en la mesa, sola, sin poder comprender la dimensión de lo ocurrido. No quise pensar en lo que nos depararía la lingüística, la dialéctica o alguna otra encarnación malvada que se que cruzara por aquella mesa en los días por venir.

MOMENTO BATETICO

**Pequeño detalle**

**Nylsa Martínez**

Fue tan emocionante para mí, era la primera vez que viajaba en avión sola. Antes de aquel día, sólo lo había hecho acompañada de mi padre o mi madre, incluso alguna vez por mi hermano mayor. Pero nunca sola. Soy la más chica de una familia de cuatro hermanos. Todos hombres. Podría pasar la tarde contándoles anécdotas sobre cómo mis hermanos me han hecho la vida difícil, pero no, en realidad exagero. Ellos me quieren, me miman, soy la princesa de la casa. Por eso todos se preocuparon cuando les dije que quería volar sola. Peleé con papi, “No, no, no. Si no me dejas hacer las cosas por mí misma, nunca voy a aprender. Yo voy a reservar mi vuelo, yo voy a tomar un taxi para ir al aeropuerto. Please, please, please daddy, déjame hacerlo sola. Te juro que no necesito de ayuda. Bueno, sólo una cosita, voy a usar tu tarjeta de crédito, pero sólo eso”. Así que los días pasaron, hice lo que tenía que hacer: era el momento de demostrarles de qué estaba hecha. Les dije: “Hagamos esto, si tienen dudas de mi capacidad, vuelen un día antes a Cancún y yo los alcanzo un día después. Me podrán si algo no sale bien. Ya verán cómo llego en una pieza. ¡Claro que puedo irme sola!, ¡claro que sé resérvame un vuelo y empacar!, y ¡sé hacer todo eso que la gente hace cuando se va de viaje! ¡No soy una inútil!”. Y el día llego. Desperté en casa sola. Todos se habían ido a Cancún tal cual acordamos. Recibí la llamada de papi, “Sí papá ya chequé los horarios, sí, ya tengo mi boleto. Sí, mi maleta está lista. Sí, te juro que sé como pedir un taxi y poner la alarma de la casa”. En fin. Llego al aeropuerto convertida en una diosa, radiante. Doy propina al taxista y me dirijo al mostrador. Le sonrío al empleado, ¡qué va, hasta le coqueteo! Estoy imparable. Y entonces ocurre, me dice que mi vuelo ya salió. “Pero, ¿cómo?, ¿de qué me habla?”. Reviso mi reloj, he llegado dos horas antes y no, no y no, hoy no es uno de esos días locos de cambio de horario, de adelantar o atrasar horas.

 Me quedé un rato en la sala de espera meditando lo ocurrido. Sí, había llegado al aeropuerto a la hora correcta, pero el día equivocado. Mi vuelo había salido tres días antes. ¿Cómo cometí ese pequeño error? No lo sé. Pero era un detalle menor, eso no debía nublar mi esfuerzo ni los grandes obstáculos que había tenido que vencer para llegar hasta allí. Me regresé a casa meditando, ¿ahora, qué historia les iba a inventar?